

timiento de que quizás no vería más á uno de aquellos dos seres, y quiso fijar sobre ellos más atentamente su mirada, como para descubrir quién tendría la suerte de caer el primero. Pero habían desaparecido, y la verja cerrada, triste y negra bajo las ramas pendientes de los árboles, le hizo el efecto de la puerta de una tumba.

## XI

Noche terrible de fiebre y desorden fué para Armando la siguiente á la visita de Pablo de Cravant. Solo en su habitación, sin decidirse ni á reclinar la cabeza en la almohada, se paseaba agitado, dando vueltas en su cerebro al espantoso pensamiento de que Lydia se había ausentado para siempre. Con gran pesar, pero pacientemente, sufría la separación que no creyó definitiva, pues nunca pudo concebir la posibilidad de vivir sin volver á verla. Pablo mataba de improviso su esperanza al asegurarle que su resolución de no regresar á Francia era firmísima, sometiéndole al tormento cruel de un condenado á muerte que, confiado en la idea del indulto, se ve sorprendido con la noticia de que es llegada la hora de marchar al cadalso.

Dos meses hacía que ignoraba su paradero y que la que, durante un año, ocupó un lugar tan

preferente en su alma había desaparecido, dejándole sin vida. Pero á pesar de tantos días transcurridos, en el fondo de su corazón dormía una vaga esperanza de que aquella mujer le amaba de lejos y volvería á París atraída por irresistible imán, al final del otoño, cuando él volviese. Entonces sería imposible no encontrarse alguna vez... ¡Qué alegría tendría al verla, aunque fuese de lejos, en la calle, sin aproximarse, sin hablarla, pero pudiendo contemplarla al fin! Al visitar á Mina le proporcionaría indirectamente noticias suyas. Pequeña felicidad, bien fugitiva alegría, pero al fin alegría y felicidad que no disfrutaba sin su presencia.

Tan hermosos proyectos vinieron á tierra al saber que fijaba su residencia en Escocia ó que regresaría al Canadá. ¡Todas sus creencias fueron vanas! Cuando la ausencia no la martirizaba, cuando creía posible que la distancia, el mar, los espacios se interpusieran entre ellos, era que su afecto no igualaba en intensidad al que ardía en su pecho. Lydia era insensible, puesto que sufría en silencio aquel destierro.

El conde la acusaba de no tener corazón, de no sacrificarlo todo á un afecto que debía serle tan caro, sabiendo que su presencia dulcificaría su miserable estado.

El, á haber sido libre para seguir los impulsos de su corazón, se hubiese hecho presente todos los días por alguna previsión delicada y secreta,

hallando el medio, sin mostrarse aparentemente, de recordarla su admiración, de aliviar sus pesares con alguna prueba de ternura comprendida sólo por ella y por lo mismo de más valor. ¡Ella, en vez de consolarle y compadecerle, le abandonaba!

En medio del silencio de la noche salían de su alma gritos de furor mal contenidos al pensar que su resignación era inocente y que todo, hasta el crimen, sería preferible, á verse sumido en la más negra desesperación. Su anhelante deseo le impulsaba á salir de Cravant, á ir á París, á Escocia, á verse en un par de días en Lochness al lado de su ídolo, y como por el cristal de un estereoscopio cruzaban ante su vista los caminos, los árboles, los lagos azules bajo un claro cielo, y, por último, la silueta de Lydia, subiendo por la montaña, expresando en su lindo rostro una incurable tristeza.

Intentó distraer con el cambio de sitios la sobreexcitación de su pensamiento, pero inútilmente, porque la querida visión no huía de sus ojos, le seguía por doquiera, era imborrable, estaba dentro de su sér, imperiosa, fija, clara y con tan minuciosos detalles, que se imaginaba á la misma persona adorada junto á sí.

Las huellas de un dolor intenso, impresas en su semblante, hicieron exclamar en voz alta al conde, víctima de su ilusión óptica, creyendo ser escuchado:

—¿Por qué, mujer adorada, apareces ante mí con tal expresión de pesar?

Y una voz, que creyó ser la de su amada, murmuró á su oído:

—Porque soy tan infeliz como tú.

Entonces, dirigiéndose á aquel fantasma que surgía ante él, torturador y adorable, dijo:

—Si eres desgraciada, ¿por qué te has ido tan lejos? ¿Por qué has interpuesto el mar entre tu cariño y el mío?

La aparición respondió:

—Para estar segura de no faltar á mi promesa, de no volverte á ver. Estando cerca, ¡quién sabe si hubiese resistido á la alegría de presentarme ante tus ojos! Y cediendo una vez, ¡quién sabe si, de concesión en concesión, hubiera terminado por cometer una falta irremediable! Todos somos débiles, y yo aun más que los otros, puesto que te llevo en el fondo de mi alma.

Armando, loco de pasión, gritó:

—¡Vuelvel! ¿Qué importa lo que pueda suceder? ¡Me es imposible vivir así!

Parecióle que el rostro de Lydia se cubría de un vaporoso velo, la vió menos distintamente, como si se alejase, y hasta su voz llegó más débil á su oído, diciendo:

—Sabes que es imposible, puesto que tú tampoco vienes y permaneces atado voluntariamente á tu cadena, fiel al deber, á la fe jurada y al honor, aun cuando te sientas morir.

La visión se borró poco á poco, y Armando, que la rehuía momentos antes, quiso detenerla fijarla allí para siempre, aterrado ante la idea de no volverla á ver si la dejaba escapar; pero todo fué inútil; su pensamiento se vió envuelto en las tinieblas y se halló solo en su silencioso cuarto.

Cayó entonces en una gran postración física y moral; tendióse sobre un diván consumido por la fiebre pasada y más desesperado al ver la realidad frente á sí. Sus esperanzas habían muerto. Era necesario comprenderlo así y tener la fuerza de voluntad de confesarlo para evitar nuevas recaídas, forjándose la tristísima ilusión de que Lydia no existía. La tumba no la ocultaría mejor que el destierro. ¿No se había marchado cediendo á sus instigaciones? Entonces ¿qué significaba aquella rebelión de su espíritu, aquella protesta de todo su sér contra el hecho de vivir separados? Los acontecimientos no podían cambiarse, pues ni Lydia era mujer capaz de entregarse á Armando ni él era hombre que pudiera vivir con ella, abandonando á Mina.

Nunca pensó en semejante solución; jamás la habría discutido en el fondo de su cerebro. La existencia irregular, un hogar de contrabando, el abandono de su posición social, la ruptura con sus amigos, no podía aceptarla ni por Lydia ni por él.

En sus horas de extravío exclamaba: «¡Todo menos el dolor que padezco!» Pero veíase obliga-

do á examinar los hechos materiales: su marcha, dejando á la condesa sola; la desesperación de aquella admirable mujer á quien seguía amando; el escándalo cebándose en su nombre; los comentarios corriendo de boca en boca; los irónicos relatos de los periódicos. Y todo aquel dolor, toda aquella vergüenza y todo aquel lodo, le producían insoportable hastío y se veía obligado á continuar haciendo lo mismo que durante aquellos dos meses, esto es, cumplir con su deber.

Pasó gran parte de la noche soñando despierto, presa de alucinaciones más crueles que las ideas que le atormentaron durante el día. Al rayar el alba se acostó, pero no pudo conciliar el sueño. Cuando se presentó en el comedor para almorzar estaba ojeroso, demacrado, lívido. Mina le contempló con espanto al pensar que no podría soportar por mucho tiempo tan continuas angustias. No se atrevió á hablarle de su salud, pero se esforzó en distraerle, en referirle mil cosas que anteriormente le interesaban. Armando comprendió la intención de su mujer y le conmovió su inagotable bondad; dirigióla miradas llenas de lágrimas como un pobre enfermo que no tiene ya fuerzas para hablar y que procura manifestar su agradecimiento á la persona que le cuida con admirable adhesión. Hubiera deseado arrojarse á sus plantas, inclinar su frente sobre sus rodillas y permanecer allí

BIBLIOTECA DE MEXICO LETA  
MILFONDO  
507, 1025 MONTEAVELITE

inmóvil, con los ojos cerrados, como lo hacía con su madre cuando niño. Le parecía que en el seno de su santa mujer se hubiera templado y adormecido el fuego ardiente que le abrasaba el cráneo, pero no osó quejarse ante la que con una sola frase le hubiera mostrado su corazón lleno de indulgente ternura, porque el pudor de sufrimiento se lo impedía. Continuaron frente á frente, torturados por sus dolores, pero inmutables, en vez de comunicárselos y llorar juntos.

El día transcurrió triste. Era uno de esos días de fin de Septiembre, en que el otoño reparte su fría y menuda lluvia sobre los bosques y los valles, sacudiendo las amarillentas hojas y llorando entre sus ramas. Armando, siempre solo, porque únicamente en la soledad veía un consuelo, daba vueltas en su cerebro al problema terrible de su infortunio, sin encontrarle solución apetecible. Mina, aterrada del estado moral de su marido, olvidábase de sus pesares para no pensar más que en las inmediatas consecuencias, que eran ante sus ojos extraordinariamente amenazadoras. En las miradas extraviadas del pobre infortunado veía impresas las huellas de una incipiente locura, nacida de la idea fija que le destrozaba el cerebro como un germen destructor. Conocía aquella idea, sabía cuál era: ver de nuevo á Lydia. Haciendo la autopsia moral de aquella cabeza enferma, de aquel corazón herido, no se hubiera hallado en su inte-

rior más que el alma de Lydia. Todo lo que no era *ella* carecía de valor para él, y sólo su gran firmeza de voluntad retenía á aquel pobre sér donde debía estar hasta la muerte.

Se apoderó de Mina un inmenso dolor, hijo de la piedad y no de la cólera. ¡Oh!, había luchado por la defensa de sus derechos, había empleado todos los medios de salvar su honor, había recurrido al disimulo, después á la violencia, pero todo había sido inútil; la altivez que la animaba al comienzo de la lucha no sostenía ya su ánimo resuelto. Sus lágrimas vencieron á su orgullo. Ella, que había dicho: «¡Todo ó nada!» lamentaba su decisión y maldecía su curiosidad. Recordó lo que su antiguo amigo, el marqués de Villenoisy, la dijera la primera vez que le confió sus dudas: «¿Por qué quiere usted saber la verdad? Conténtese usted con las apariencias.» Había rechazado con altanería un consejo que encerraba tan humillante compromiso, y ahora, al recordar aquella frase audaz, se arrepentía de haberla pronunciado.

Por haber querido mantener todos sus derechos no la quedaba ninguno, y el compromiso que tenía que aceptar era más miserable que el que rechazó con tanta indignación, pues en vez de asegurarle su tranquilidad material y su seguridad moral la dejaba entregada á las más humillantes dudas y á las más dolorosas angustias. Carecía de energía y de iniciativa para tomar una

resolución en un momento en que era preciso dominar los acontecimientos y saber conducirlos. Su fuerza, aniquilada en la lucha, la hacía experimentar una sensación de cansancio, cuyo único remedio era un sueño muy pesado y muy largo, acaso eterno si había de ser eficaz.

A la hora de comer se reunieron ambos en la mesa, pero sus esfuerzos para hablar fueron ineficaces; sus frases repercutían con lúgubre sonoridad; callaron bien pronto, y una vez terminada la comida subieron á sus respectivos aposentos, después de cambiar un tierno apretón de manos.

Armando comenzó sus acostumbrados paseos por la estancia, esperando evocar la visión de la víspera, pero no consiguió su deseo y permaneció solo, presa del más profundo pesar, imaginando que jamás volvería á disfrutar de tan extraña dicha; se reprochó su debilidad, se dijo que existían otros seres que soportaban con heroísmo sus dolores, y que á fuerza de resistir valerosamente llegaban á dominar su mal, á encontrar la perdida calma y aun algún placer relativo, ó se entregaban á sus trabajos y se absorbían en faenas que los regeneraban, dándoles esperanza de triunfo. Pero él, enervado por la lucha que sostenía contra sí mismo hacía seis meses, era incapaz de la menor resistencia. ¡Mostrar heroísmo cuando tenía menos valor que un niño! Allí, la única valerosa, era Mina.

A fuerza de considerarse débil y hasta miserable sintió tal desprecio por sí mismo, que su tristeza fué en aumento. ¿Cómo podría entregarse al trabajo, perder en el ardor de un apasionado estudio el sentimiento de su pequeñez? Jamás había sido apto más que para la carrera de las armas, y su vida se consumía en la ociosidad. ¿Qué ayuda, qué salvaguardia podía esperar? Era un pobre barco desmantelado, sin gobernalle, combatido por las olas, destinado á deslizar-se sin rumbo fijo hasta su destrucción total. Al llegar á este punto de sus reflexiones, un relámpago iluminó las tinieblas de su cerebro. ¡La destrucción final! ¿No era aquel el desenlace obligado de su aventura? Pero ¡quién sabía si tardaría algunos años en llegar y tendría que sufrir hasta entonces la pesadilla terrible que le atormentaba sin tregua! Después de todo, ¿no era libre para abreviar el tiempo de su condena y apresurar con la muerte la hora de su libertad?

¡La muerte! Una sonrisa se dibujó en sus labios. La muerte era un suplicio bien insignificante para un hombre como él, valiente ante los peligros reales, aunque débil ante los indefinidos. Mil veces la había afrontado, sin estremecerse, en el campo de batalla y en los desafíos, viendo á sus compañeros caer entre el ensangrentado polvo y entre los despojos guerreros, sin quejarse de su suerte, puesto que sucumbían útil y gloriosamente. Conocía aquella prueba y no te-

mía someterse á ella, sabiendo que consistía tan sólo en un instante de resolución, en sentir el frío de un cañón de hierro en la frente, en ejercer una presión con el dedo sobre un gatillo, y... nada más. Luego el silencio, el reposo, el olvido eterno. ¿Y quién sabía?... Tal vez desprendida su alma de los lazos carnales, gozase la libertad de atravesar los espacios y llegar junto á Lydia, de pasar invisible á su lado y posarse en sus labios ó en el aire que aspirase.

Una exaltación horrible se apoderó de aquel desgraciado á la idea de que dependía de él reunirse al sér adorado sin romper el contrato humano que llevaba su firma, sin faltar á la fe jurada, sin promover escándalos, sin merecer reproches ni censuras. Se levantó, y, dirigiéndose hacia un mueble de ébano colocado cerca de la ventana, le abrió y cogió un revólver, que contempló y examinó con fría precisión. Su rostro adquirió una aterradora calma; estaba resuelto. Ya no luchaba, no se defendía, y un bienestar, desconocido hacia largo tiempo, invadió todo su sér. Sentóse cerca de la mesa donde había dejado el arma libertadora, y siguió reflexionando melancólicamente, pero sin la espantosa agitación que le conducía desde algunas semanas antes casi á la demencia.

Repasó en su imaginación los últimos acontecimientos de su vida, y con frío fatalismo, se dijo que el *destino* de las criaturas no podía

contrarrestarse. Habían concurrido á formar el rayo su propia debilidad, la ceguera de su mujer y el apasionamiento de Lydia. ¿A qué torturarse, puesto que era imposible modificar su destino? Pensó que Mina, una vez libre de su presencia, después de la primera crisis violenta de dolor y de amargas quejas, sería mucho menos digna de lástima que trastornada sin cesar por sus celosos temores. ¡Ah, quién hubiera podido suponer que su inmenso amor cedería á aquella miseria moral! Aun no habían transcurrido diez años desde el comienzo de aquella ternura cuyo fin parecía imposible, y, sin embargo, había sido ya sustituida por otra que á su vez acaso desaparecería también. ¿Qué misterios encierra el corazón del hombre para que tan fácilmente cambie á impulsos de un capricho, de una sensación inexplicable, muchas veces involuntaria? Y por un antojo ó por una sensación, ¿se trastorna la vida hasta el punto de que ninguna calma, ningún goce parezca posible? Tan corta y vana existencia, llena de preocupaciones, de contrariedades, de agitaciones inagotables, ¿merece conservarse?

Estas reflexiones confirmaron á Armando en su resolución. Preparóse á perder el sentimiento de su dolor con feroz alegría, y, levantándose, dió algunos paseos mirando fijamente los objetos, como si quisiera llevarse consigo un recuerdo exacto de aquella habitación, en que había vivido

y donde iba á morir. Después cogió el revólver, y, al aproximarse á un espejo para buscar el sitio donde debía aplicar el cañón sin que errase el tiro, observó con asombro su intensa palidez. ¿Por qué estaba pálido, si no tenía miedo? Levantó el brazo, pero al hacerlo dió un paso atrás lanzando un grito; al lado de su rostro acababa de ver en el espejo el de Mina, con los ojos desmesuradamente abiertos, los labios lívidos y temblorosos, representando la imagen del espanto.

Creyó ser víctima de una alucinación, pero no era así. Su mujer estaba en el umbral de la puerta, cuyas colgaduras oscilaban aún, de pie, inmóvil y blanca como una estatua, sin voz, pero dejando ver el horror que la dominaba en la expresión de su semblante, en su actitud, en todo su sér, excitado, pero inerte. Armando sintió un vértigo, y entreviendo todas las consecuencias de su abortada tentativa llevó vivamente el arma á su sien; pero Mina, más rápida aún, dominada por el exceso mismo de su terror, se arrojó sobre él, y, cogiendo el revólver con ambas manos, dirigió el cañón hacia sí, y arriesgando su vida, se lo arrancó; luego, tras un profundo suspiro de alivio, con los miembros extenuados por la emoción aplanadora de aquel movimiento terrible, se dejó caer sobre una silla, casi exánime, pero oprimiendo en su rígida mano el arma mortífera.

Armando no se movió del sitio; en él perma-

neció con la mirada fija en el suelo, pero en plena posesión de sí mismo. La desgraciada mujer, con una energía sobrehumana que pudo más que el abatimiento en que la había sumido tan terrible espectáculo, se adelantó hacia su marido, y, por todo reproche, con desesperada entonación le dijo:

—¡Oh, Armando, dejarme sola!

De aquellas sencillas palabras se desprendía bien claramente el concepto de que, al recurrir Armando á la muerte, desertaba, cometía una traición, una acción villana.

El conde, profundamente conmovido, bajó la cabeza. Entonces, al verle aterrado y sin procurar encontrar una palabra de disculpa, Mina lanzó un gemido.

—¿Adónde hemos llegado—dijo amargamente—para que halles la vida tan insoportable y decidas quitártela? ¿Qué he hecho yo para merecer tal castigo? ¿Cómo explicarme tan extraña resolución? ¡Qué!... ¿Por un amor contrariado quieres faltar á todos tus deberes? ¿Por una mujer ibas á matarte? ¡Tú, con el nombre que llevas, con un pasado tan brillante, degradarte de un modo tan vergonzoso!

—¡Mina!—murmuró sordamente Armando.

—¿Hallas otras expresiones más suaves para calificar este acto? No las conozco, y soy tan buen juez como tú, según creo, en materia de honor.

Acababa de aparecer la altiva Schwarzbouurg.

El conde no pudo sostener el brillo de su mirada, la autoridad de su actitud, la energía de su indignación, y sin responder, inclinado como bajo un fardo de gran peso para sus fuerzas, se dejó caer en un sillón y esperó. Exasperada por su mutismo, que tomó por una sorda resistencia, Mina prosiguió:

—De modo que mientras yo sufro con valor y me resigno á resistir una situación creada por ti, eres tan débil, y al emplear esa frase te hago un favor, que piensas sustraerte á las consecuencias de tu conducta. Eres el culpable y no quieres sufrir un castigo, mucho menos doloroso que mi martirio, puesto que soy la víctima.

Como él la mirase lleno de estupor, la condesa prosiguió:

—¡Oh! Tiempo es ya de que cesen los fingimientos y de que se disipen las situaciones equívocas. Te he concedido la limosna de mi piedad hasta hoy; he fingido ignorancia para no herir tu orgullo, para no irritar tu conciencia; pero puesto que te encuentro tan desprovisto de orgullo; puesto que descubro en ti una conducta tan poco escrupulosa, no tengo por qué continuar sufriendo los inconvenientes de una situación poco clara. Conviene que sepamos ambos á qué atenernos, tú, sobre mi pretendida ignorancia, yo sobre tu honradez. Sabe, pues, que no ignoro nada de lo ocurrido entre tu prima y tú; que asistí ¡ojalá nunca lo hiciera! á vuestra úl-

tima entrevista, que oí vuestras frases... y que, de acuerdo conmigo, del mismo modo que contigo, se alejó de nosotros... Se trataba de salvar el honor de todos, y hemos obrado unánimemente. ¡Oh! ¡Vi con orgullo que ninguno de los dos vacilasteis sobre la conducta que debíais seguir! Por penosa que fuera la reparación, la aceptasteis. Yo también consentí en guardar secreto y en sufrir en silencio la muerte de mis ilusiones. Ninguno de los tres carecimos de dignidad para juzgar cuál era nuestro deber ni las resoluciones que debíamos tomar, demostrando que nuestra honra nos obligaba á firmar un pacto. Lydia, fiel á lo concertado, se alejó, esforzándose por olvidarte; yo soporté el dolor de mi amor perdido, de mi confianza destruída, sometiéndome al mismo tiempo á la tristeza de la vida solitaria y retraída que me has obligado á hacer; todo lo he intentado para consolarte, para endulzar tu dolor, y tengo la convicción de haber hecho lealmente todo cuanto he podido hacer. Ahora respóndeme: ¿cómo has soportado tú nuestra común desgracia? Bastábase un poco de resignación y de paciencia; no te se pedía más que dulzura y bondad. ¿Demuestra ser paciente el que no se somete á una prueba de dos meses? ¿Es ser resignado sublevarse contra el destino y querer cambiarle? ¿Es ser dulce y bueno no vacilar en producir á los que te aman el más espantoso de los dolores?